

ción grave del derecho de Ginebra, incluso si se comete durante una guerra de liberación nacional, y tiene que ser tratada según las normas ordinarias sobre la represión penal aplicables a los conflictos armados internacionales. Así pues, la cuestión crucial de la toma de rehenes en las guerras de liberación nacional pudo resolverse, de manera generalmente aceptable, mediante la mera referencia al derecho de Ginebra en el artículo 12 de la Convención sobre la toma de rehenes, en cuyo preámbulo se menciona el derecho a la autodeterminación.

En el artículo 6, párrafo 5, de la Convención contra la toma de rehenes, se menciona al CICR en relación con el derecho que asiste a todo presunto infractor bajo custodia de comunicarse con terceras personas. Según esa disposición, la Convención no va en perjuicio del derecho del Estado detenedor a invitar al CICR a visitar al detenido. En esta disposición se trata, por supuesto, de situaciones no cubiertas por los Convenios de Ginebra, ya que en las situaciones previstas en estos tratados, el derecho a visitar a personas protegidas lo estipulan los mismos Convenios (a los que remite el artículo 12 de la Convención contra la toma de rehenes). En el comentario del artículo 6, párrafo 6, de la Convención contra la toma de rehenes, el autor se refiere extensamente a la declaración presentada por el CICR ante el Sexto Comité, en la que la Institución expuso su interpretación de esta norma.

*El comentario de la Convención contra la toma de rehenes* de Lambert es indudablemente una valiosa obra de referencia. Puede ser de particular interés para especialistas en derecho humanitario, ya que las normas internacionales relativas a la represión de la toma de rehenes son parte no solo del derecho internacional penal, sino también del derecho internacional humanitario.

*Hans-Peter Gasser*

---

## HENRY DUNANT Y LA SUIZA ORIENTAL

La Sociedad Henry Dunant y la Cruz Roja Ginebrina acaban de publicar una obra sobre las relaciones entre Henry Dunant y la Suiza oriental.<sup>1</sup> Varios expertos describen y analizan en ella los últimos años de la vida del fundador de la Cruz Roja en Heiden, así como sus relaciones con las autoridades y las Cruces Rojas de St. Gallen, Winterthur y Zurich, lo que permite asimismo

---

<sup>1</sup> Roger Durand y col., *Henry Dunant et la Suisse orientale/Henry Dunant und die Ostschweiz* (Henry Dunant y la Suiza oriental), Sociedad Henry Dunant, Cruz Roja Ginebrina, Ginebra, 1992, 208 pp. (bilingüe francés-alemán).

descubrir a diversos personajes e instituciones, como el periodista Georg Baumberger, el pacifista Georg Schmid, Sara Bourcart y la Cruz Verde.

La primera parte, dedicada a la estancia de Henry Dunant en Heiden, comprende, en particular, un artículo cuyo autor, *Gabriel Mützenberg*, describe el itinerario de Dunant a partir del momento en el que éste, totalmente arruinado, abandona Ginebra, el mes de mayo de 1867. Un detallado estudio de las cartas escritas por Dunant en aquella época ha permitido al autor reconstituir lo esencial de los viajes que éste realizó a Francia, Alemania, Italia, Grecia, Inglaterra, Holanda y Turquía.

Durante este deambular, Dunant no cesó de huir de persecuciones reales o imaginarias. Por último, el 10 de noviembre de 1881, llegó a Heiden, donde encontró el tan ansiado reposo y donde sus estancias fueron cada vez más frecuentes, hasta que se instaló definitivamente, en abril de 1892.

En el artículo siguiente, «Heiden en tiempos de Henry Dunant», *Roger Durand* se interroga sobre los motivos que movieron a Dunant a elegir Heiden para pasar los últimos dieciocho años de su vida. A mediados del siglo XIX, Heiden era una ciudad balnearia muy apreciada, frecuentada por personalidades de toda Europa; y fue precisamente allí donde Henry Dunant hizo amistad con el fundador del hospital de la ciudad, el doctor Hermann Altherr, y fue finalmente en ese hospital, que le ofrecía una mayor sensación de seguridad, donde Dunant acabó instalándose. Como escribe Roger Durand:

«Por muy sembrado de dificultades que esté, el itinerario de Henry Dunant en Heiden adquiere el tono de una marcha triunfal. A pesar de los sufrimientos, a pesar de la enfermedad que mina incluso su equilibrio mental, el morador de ese lugar de reposo de moda logra salir adelante e imponerse al mundo entero.

Fue él, en efecto, quien fundó la Cruz Roja, él quien ha marcado un hito en la historia de la humanidad: ¡los hombres son capaces de imponer normas a su propia barbarie! Es en Heiden, con el apoyo de las gentes de la región, donde el gigante fracasado hace finalmente realidad su vocación profética».

En otro artículo, «1908-1910, Dunant en el hospital — Relato de una mujer de la limpieza», Félix Christ narra una entrevista que tuvo, en 1974, con Emma Albrecht Gütlín, empleada de la limpieza en el hospital de Heiden en 1908. Según ésta, en aquella época, Dunant vivía en un aislamiento casi total; no se ausentaba casi nunca de las dos habitaciones del hospital reservados para él; las únicas personas con las que mantenía contacto eran el doctor Altherr, la enfermera-jefe y su sobrina, la cocinera. Sin embargo, en una ocasión, hizo una excepción: la visita imprevista de la zarina de Rusia.

A continuación de ese artículo, se reproduce un texto publicado por *el doctor Altherr* en la *Croix-Rouge, Revue mensuelle de la Croix-Rouge suisse*, el 1 de mayo de 1928. En él cuenta cómo conoció a Henry Dunant en julio de 1887, a raíz de que éste requiriera sus servicios médicos cuando vivía en una modesta pensión de Heiden. Dado que Dunant solo hablaba francés, el doctor Altherr lo invitaba periódicamente a su casa porque su mujer era de origen francés. Dunant estaba entonces lleno de amargura, pero aún mantenía una importante correspondencia con todos los países de Europa y escribía con

regularidad artículos para la Prensa. Disponía de una modesta renta que le pasaba su familia y, desde 1897, percibió una pensión de la emperatriz madre de Rusia, María Fedorowna. Al final de su vida, no recibía a ningún visitante, a excepción, en una ocasión, del redactor del «Otschweiz» en St. Gallen, Georg Baumberger, autor del llamamiento «Dunant redivivo».

En 1904, el zar le invitó al Congreso Internacional de la Cruz Roja en Moscú; a Dunant le encantó esta invitación, pero no pudo asistir por su mal estado de salud.

Esta primera parte concluye con cuatro artículos dedicados al «Museo Dunant», que se encuentra en el hospital de Heiden, transformado en residencia de ancianos, así como al monumento erigido en Heiden en memoria suyo.

La segunda parte versa sobre las personalidades del cantón de St. Gallen que mantuvieron contacto con Henry Dunant. Comprende, en particular, un artículo escrito por *Philippe M. Monnier*, «El camino de la rehabilitación — El encuentro Dunant-Baumberger», que trata de la correspondencia intercambiada entre Henry Dunant y Georg Baumberger cuando éste último preparaba el artículo que dedicaría a Dunant en septiembre de 1895. En otros dos artículos, escritos por *Cornel Dora*, se describe a dos personalidades que contaban con la estima y la confianza de Henry Dunant: Georg Baumberger y Monseñor Augustinus Egger, obispo de St. Gallen.

El artículo siguiente, de *Hans Gross-Blaser*, sobre Otto Rietmann, autor de las célebres fotografías de Henry Dunant en Heiden, presenta ocho reproducciones de esos retratos. Otro artículo, escrito por *Arthur Bärtsch*, se ocupa de la correspondencia intercambiada entre Henry Dunant y el pacifista de St. Gallen Georg Schmid. Por último, sobre la base de una minuciosa investigación en los archivos de St. Gallen, en particular, los del episcopado, *Roger Durand* demuestra que la Cruz Roja de St. Gallen desempeñó un importante papel en las acciones desplegadas durante la guerra de 1870 y que, desde 1891, desarrolló actividades con regularidad. El autor llega a la conclusión de que, curiosamente, Dunant no parece haber mantenido prácticamente ningún contacto con la Cruz Roja de St. Gallen. Sin embargo, esta conclusión no es totalmente definitiva, puesto que Roger Durand concluye su artículo con las siguientes palabras: «Afortunadamente, deben quedar todavía muchos archivos, gracias a los cuales sabremos más sobre esas relaciones. Esperemos que los historiadores de St. Gallen pongan manos a la obra y completen una importante página de su pasado, de nuestro pasado».

La tercera parte está dedicada a las relaciones de Henry Dunant con las ciudades de Winterthur y Zurich. Comienza reproduciendo un discurso, pronunciado, en octubre de 1985, por *Rolf Weiss*, director de la Biblioteca Municipal de Winterthur. En él se recuerdan los vínculos establecidos entre la sección local de la Cruz Roja de Winterthur y Henry Dunant, al final de su vida. Así, el 1 de julio de 1892, Dunant se convirtió en el primer miembro de honor de la Cruz Roja de Winterthur, la cual se esforzó por darle un apoyo moral y económico en momentos en los que estaba completamente olvidado. A partir de 1895, Dunant estaba rehabilitado y, en 1901, recibió el primer

premio Nobel de la Paz, pero, durante esos años de gloria, no olvidó a la Cruz Roja de Winterthur, con la que se mantuvo en contacto epistolar.

En otro artículo, se reproduce un discurso pronunciado, el 30 de octubre de 1985, por el presidente de la ciudad de Zurich, *Thomas Wagner*, con motivo del 75º aniversario del fallecimiento de Henry Dunant, discurso en el que Wagner se interroga sobre la decisión de Dunant de ser incinerado en Zurich. Explica esta decisión por el hecho de que, al final de su vida, Dunant recibió la ayuda de muchas personalidades de Zurich. Además, en aquella época la incineración era cosa poco corriente pero en Zurich se había creado un movimiento en favor de la incineración. En otros textos, Roger Durand describe un aspecto aún poco conocido de Henry: el de feminista militante; en efecto, Durand ha descubierto una correspondencia entre Dunant y Sara Bourcart en la que Dunant, cuyas ideas habían evolucionado mucho al respecto, otorga a la mujer «el rango de guardiana del hogar y de último baluarte de la civilización». Preconiza la creación de una organización internacional, con sede en Zurich, cuyos principios y objetivos estarían destinados a las mujeres del mundo entero. Se trataría, entre otras cosas, de dar a la esposa un mayor derecho sobre el producto de su trabajo, de impedir al marido dilapidar la fortuna de su mujer, de establecer la igualdad de derechos del padre y de la madre en la educación de los hijos, así como la igualdad jurídica de ambos sexos. Por último, según Dunant, esta nueva organización debería ser «administrada y dirigida exclusivamente por mujeres». Pero Dunant no perseguía la igualdad de los sexos en sí; lo único que contaba para él era la lucha por la paz; preveía que la sociedad sufriría un terrible cataclismo, puesto que estaba gobernada por principios masculinos. «Esquemáticamente hablando, el hombre se expresa mediante el dolor y la guerra», mientras que la mujer representaba para él, el amor y la paz. El objetivo último de esta organización que él pretendía era, pues, una ofensiva general de las mujeres del mundo entero contra el militarismo y la guerra.

Pero dado que Sara Bourcart había perdido, al parecer, el interés por ese proyecto, Dunant prosiguió sus reflexiones y preconizó la creación de una nueva organización: la Cruz Verde, cuyas «damas» prestarían ayuda a las jóvenes necesitadas y a las viudas.

Dunant renunció finalmente a esas empresas feministas. En efecto, en cuanto volvió a ser célebre, tuvo otras ambiciones y participó en otros movimientos pacifistas, dado que, como escribe Roger Durand:

«Sin abandonar la causa de las mujeres, Dunant utilizó, pues, la palanca del feminismo en beneficio de la humanidad entera. ¿Puede un filántropo sublimar de una manera más bella la injustificada inferioridad de lo femenino frente a lo masculino?»

En el último artículo, escrito por *André Durand*, se describen los funerales de Henry Dunant en Zurich utilizando como base una carta de Maurice Dunant, sobrino de Henry. Según el autor, «Esta ceremonia no fue un ejemplo de olvido de la grandeza de un hombre»; muy al contrario, puesto que el sobrino de Dunant la describe en estos términos: «La ceremonia de cremación ha sido imponente por su sencillez. A su llegada a Zurich, el cuerpo fue reci-

bido por el cónsul general, doctor Wettstein, así como por dos delegados de la Sociedad de Samaritanos de Zurich. Poco después llegaron, vestidos de gala, los representantes de las Sociedades auxiliares de transporte de Munich y de Lindau, así como del *Männerhilfsverein* de Constanza. La legación imperial de Rusia había enviado al Príncipe Galitzine con una espléndida corona. Como mínimo había 12 magníficas coronas.

Todas las principales Sociedades de la Cruz Roja en Suiza habían enviado delegados; eramos unas 40 personas. Respetando la voluntad de mi tío, les pedí a esos señores que no hicieran discursos y les di las gracias en nombre de la familia. Por la noche, ofrecí una cena a los representantes oficiales. Las cenizas reposan en el Colombarium».

La obra constituye un valioso complemento al conocimiento de los últimos años de la vida de Dunant en el marco de la Suiza alemana. Está agradablemente ilustrado con múltiples fotografías y litografías de Michel Rouèche.

*Françoise Perret*

---

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Aileen McCorkell**, *A Red Cross in My Pocket, Derry Londonderry, 1968-1974*, Workers Education Associations and Ulster Local History Trust Fund, Reino Unido, 1991; 88 pp.

En «A Red Cross in My Pocket», Aileen McCorkell, presidenta fundadora de la sección de la Cruz Roja Británica de Derry/Londonderry, describe las actividades de esta sección de 1968 a 1974, el período álgido de los disturbios en Irlanda del Norte.

En este folleto, ilustrado con numerosos casos prácticos, la autora no sólo evoca las diferentes actividades desplegadas en favor de los más vulnerables (los ancianos o las personas inválidas) o de las víctimas de atentados, con mucha frecuencia inocentes, sino que insiste, más particularmente, en la importancia de los Principios Fundamentales y, especialmente, en los principios de humanidad, imparcialidad y neutralidad, para guiar a los voluntarios de las Sociedades Nacionales en sus actividades en tiempo de disturbio o de conflicto.

En los nueve capítulos de este folleto, cuyo estilo es ágil y concreto, Aileen McCorkell muestra la utilidad de dichos Principios situándolos en el contexto de los acontecimientos en Irlanda del Norte. A lo largo del relato de las actividades humanitarias desplegadas durante la batalla de Bogside (capítulo 2), en las zonas prohibidas (capítulo 5) o con motivo del terrible «Bloody Sunday» del 30 de enero de 1992 (capítulo 7), explica, de manera